

## RESUMEN ACTIVIDAD ACADÉMICA

---

### 1923: Un centenario\*

José Manuel Cuenca Toribio

Académico de Número de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Doctores de España  
[hi1cutoj@uco.es](mailto:hi1cutoj@uco.es)

Ciertos capítulos de nuestra historia contemporánea semejan encerrar un contenido singular y, a menudo, trascendente. Su habitual brevedad no es obstáculo para que en la trayectoria de los grandes procesos temáticos y cronológicos se recorten a manera de promontorios llenos de interés y, a las veces, de misterio. En ocasiones anuncian el término de aquellos; otras, su alumbramiento. Así, compendian sus impulsos y líneas de fuerza principales.

Pese a su singularidad institucional y jurídica –una dictadura militar en el marco de una monarquía liberal- y haber sido acaso el periodo de más intensa y plena capacidad modernizadora de los registrados en los anales del país, el septenado primorriverista no ha despertado el interés historiográfico que cabría esperar de su infrecuente perfil. Probablemente se aduzca, para la comprensión de tan extraño hecho, el ser una de las etapas de la contemporaneidad hispana estudiada de manera satisfactoria en alguna de sus principales dimensiones y contar con síntesis de relativo fuste. Argumentación, desde luego, de escasa solidez por cuanto, en líneas generales, las panorámicas y estudios de conjunto precedieron aquí a las monografías de entidad, muy cortos en número. Hodierno, es difícil encontrar terrenos en barbecho en la historiografía nacional; y numerosos investigadores de las últimas promociones han transitado, con pericia y fruto, por el de la primera dictadura española del siglo XX; pero, globalmente, son trabajos de juventud, en los que a simple vista se echa en falta una planificación que vaya más allá de las corrientes en boga. Empero, al margen de todo juicio axiológico, destaca que el septenado sea, proporcional y acaso absolutamente, la fase de menor volumen bibliográfico de todas las abarcadas entre 1808 y 1975. Ni siquiera el efecto de arrastre que podía esperarse del cultivo intensivo del

---

\* \* Sesión académica de la RADE celebrada el 05-10-2023 con el título *1923, primera dictadura militar: un tema controvertido*.

primer franquismo, ha dejado huellas en la roturación sistemática y profunda de la dictadura del general jerezano. El tema de género, hoy por fortuna estelar en nuestra historiografía, apenas si ha sido cultivado en la parcela cronológica antedicha, no obstante, la importancia capital que tuviera en la toma de conciencia feminista y en la consiguiente crítica a un machismo que comenzó por tales calendas su tardígrado eclipse de la escena española. El cambio en los espacios de sociabilidad, la transformación de mentalidades, la apertura de la colectividad hispana a modas y hábitos de intensa ruptura y ritmo nunca habían registrado amplitud y fuerza comparables a las detectadas en dicho periodo, de estereotipado y granítico conservadurismo formal, según se atrevieran a denunciar algunos predicadores... Represada por la agonía del canovismo y la crisis africana, la sociedad española semejó abrir las compuertas para dar ancho curso al cambio de paradigma que los años de la gran guerra trajeron consigo. Pese a estar en presencia del régimen en que el cambio social adquiriría de manera plena y relevante todos sus derechos en nuestro país, circunstancias que acaso deriven de la hipertrófica ideologización de la historiografía contemporaneísta abocan hasta el presente a la injustificada desatención a la Dictadura.

Y, sin embargo, su atracción investigadora es muy fuerte. La aparente simplicidad de su desenvolvimiento y la abundancia de visiones estereotipadas proporcionan, sin duda, una imagen muy distinta a lo antedicho. En un régimen de “obras” es normal que la acción predominara sobre la idea. En un sistema personalista y antiparlamentario, resultaba lógico que la discusión ideológica y política fuere muy enteca. En una etapa autoritaria en que la vigencia de la censura se manifestó más imprevisible que implacable, podía esperarse un arte adocenado o propagandístico. Por último, en un poder conservador cabía imaginar que el catolicismo ocupara un lugar primacial en el comportamiento de sus estratos dirigentes. No obstante, nada o casi nada de ello se ajustó a tan previsibles patrones.

Resuelto el agobiante problema del orden público y solucionada la grave cuestión marroquí, la dictadura se presentó como el Sistema que encarnaba los anhelos palintocráticos de varias hornadas de españoles. El caudaloso río regeneracionista –en el que la aportación de la generación “europea” del 14 no era pequeña- desembocaba en un gobierno que demostraba el vigor transformador de la sociedad hispana, ninguna de cuyas energías quedaría estéril en la empresa de su modernización. Su mesianismo pragmático no ahogó, empero, la controversia doctrinal, tan viva en una década en que la crisis pasajera de la democracia suscitó una variada panoplia de fórmulas redentoras fuera y dentro de nuestras fronteras. Así no es por entero descartable que cuando se acometan las investigaciones pertinentes, se visibilice que fueron los años 20 el capítulo más fecundo, en cantidad y, en ciertas facetas, también en calidad, de la historia de las ideas de la España contemporánea. Instituciones académicas y corporativas dieron a la luz en dicho tiempo un alud de títulos, ocupados por dar a conocer y ofrecer soluciones a la candente temática político-doctrinal provocada por la expansión del comunismo y el fin de la Gran Guerra. Plumas del más

diverso corte concurren en una palestra que, durante el periodo dictatorial, fue tan densa como plural.

Exceptuada la prensa más influyente, ninguna coacción de relieve se ejerció sobre el debate de los grandes temas políticos, incluida la propia polémica sobre el régimen. El “genocidio cultural” del que hablan con algún énfasis los historiadores catalanistas fue de otra naturaleza, aplicándose en parcelas de menor porte ideológico.

Conforme se recordara más atrás, el cambio revolucionario de horizontes traído por la Primera Guerra Mundial hallaría, en una etapa de transformaciones radicales en España y en el mundo, el humus más fértil para el pincel o la pluma de los artistas y escritores que integrarían un elenco o plantel a menudo muy copioso. Por supuesto, su coetaneidad con la Dictadura fue mera coincidencia; pero debe resaltarse que su implantación y permanencia no implicaron retroceso alguno para que en el reloj de la cultura y las ciencias hispanas sonase una de sus horas de plenitud,

Protagonismo mayor desplegó el régimen en otra brillante página de la España de “los felices veinte”. No sin parte de razón se enalabraba Calvo Sotelo al tener que responder a los críticos del régimen, que en sus anatemas no dejaban a salvo, por un prurito que al autor del Estatuto Municipal se le antojaba hipócritamente vestal, ni siquiera el progreso de la economía nacional. Al hacendista del septenado primorriverista, concedor desde dentro de los mecanismos deturpadores de la artificial vida política de la Restauración, le parecía, en efecto, inaceptable que, en nombre de la democracia, se devaluase el gigantesco esfuerzo llevado a cabo durante él con éxito de conjunto. Ningún indicador dejó de activarse al alza a lo largo de un ciclo boyante de la economía mundial, bien aprovechada por un gobierno que movió con rara eficacia casi todas las piezas del ajedrez empresarial y laboral.

Es claro, por lo demás, que esta era el área de su trepidante actuación en la que más a gusto se situaban sus afanes y metas. Administración antes que política; “país real” por encima de “país legal”; obras y no palabras. Al conjuro de tan sencillo pero impactante programa, la masa de la nación se embarcó complacida en el empeño de regeneración material ofrecido desde el poder. La España agraria y tradicional- los carlistas muy en primera línea- y la urbana y socialista se fundieron, sin confundirse, en la empresa más sugestiva y necesaria conocida desde decenios atrás, conduciéndola a buen puerto. No por ello, claro es, desaparecieron los antagonismos e intereses de clase; mas quedaron hibernados o subsumidos provisionalmente en una tarea movilizadora en pro del avance del país, desconocida –en aliento e intensidad- hasta entonces.

Tampoco, bien se entiende, depusieron sus estrategias, primordialmente, los socialistas, la principal y más vertebrada fuerza política de las integradas en el quehacer colectivo

promovido por la Dictadura. En su fastigio, el contexto europeo era parcialmente favorable a una concordia que alzaprímara el consenso y la unidad nacional. El ejemplo inglés, con un laborismo corresponsabilizado con la dirección del país, gravitó fuerte y prolongadamente sobre los destinos de un PSOE, en el que la discrepancia prietista apenas pasaba de ser una anécdota pintoresca y, a la larga, tal vez rentable.

Otro de los perfiles peraltados de la Dictadura astilla la versión más difundidos de su andadura. La enérgica actitud modernizadora que la caracterizase entrañaba la apuesta resuelta por un sector económico y social con escasa sintonía con el autoritarismo patriarcal cuyos rasgos sirvieron a menudo para definirlo. La industria y, por ende, el proletariado se articuló como ejes de su política económica, alejada así de las bases productivas y sociales propias de un régimen tradicional. Aun sin renunciar por entero a la herencia de un conservadurismo de estructura agraria y confesional y deseoso de fomentar el crecimiento de las regiones más atrasadas, el primorriverato no logó ocultar su decidida preferencia por lo sectores y territorios que encabezaban el progreso de la nación. En los de base agraria, merecieron sus favores los entregados a una vasta transformación y capitalización de sus cultivos. De esta manera, La Rioja se distinguió por aquistarse una viva simpatía por parte del mismo dictador, ufano de sus descollantes logros en la comercialización de sus vinos. Aunque en tono menor, igual sucedió en el País Valenciano, a despecho de las protestas de algunas de sus elites por la preterición de sus productos. El rechazo e incluso la represión de las corrientes nacionalistas en Euskadi y Cataluña embarazaron escasamente el cuidado puesto por el régimen en su desarrollo material y equipamiento social. La fortaleza del socialismo vasco fue, sin la menor duda, elemento coadyuvante en dicho cometido, así como el singular celo con el que el segundo hombre del sistema, el general Martínez Anido, privilegiaría al sector sindical más decantado en el Principado por la colaboración con “Madrid”, esto es, los “Libres”.

La inclinación por un modelo económico que descansaba en el sector secundario determinó otra de las paradojas más llamativas de la Dictadura. Tanto en el campo como, sobre todo, en los núcleos industriales y urbanos su apoyo casi incondicional a la UGT desató la censura de curas y obispos, guías y alentadores de un sindicalismo agrario y profesional, exhibido justamente -muy en particular, el primero- como prueba de la vitalidad del catolicismo popular. De modo significativo, su máxima afiliación se produjo poco antes de que los famosos Comités Paritarios empezaran a dejar la huella de su intensa labor y de que, paralelamente, la industrialización preconizada por la Dictadura comenzara a ser una realidad visible y positiva.

Dos de los acontecimientos más pandereteados por el régimen muestran el simbolismo de lo antedicho. En setiembre de 1928, el interminable desfile por la madrileña calle de Alcalá de los alcaldes de toda la nación refrendaba la recíproca alianza de la Dictadura con la

España tradicional, y de esta con aquella. En mayo del siguiente año, la Exposición Iberoamericana de Sevilla y, aun de forma más específica y diferenciada, la Internacional de Barcelona remataban, espectacularmente, su compromiso sin sombras con la España del porvenir. Empero, a partir de tal momento, como si su destino se hubiere cumplido, la Dictadura se deslizó aceleradamente hacia su incruenta desaparición.